







de la línea que ocupa, cuando ninguna pieza ó peon, sea de los suyos ó de los contrarios, se lo estorba.

 3º DE LA MARCHA DEL CABALLO. 

El CABALLO¹ es la única pieza del juego que puede pasar por encima de otras piezas: va de la casa blanca á la negra y de la negra á la blanca dando dos pasos de una vez. Cuando se halla en medio del tablero, defiende ó ataca ocho casas, las cuales forman un octógono² perfecto: tambien esta pieza es la única de que no puede quitarse uno el jaque sino jugando el rey, si no puede uno comerla.

 4º DE LA MARCHA DE LA TORRE. 

La marcha de la TORRE³ es recta ó cuadrada en toda la longitud de su línea, sea perpendicular ú horizontal. Esta pieza, después de la reina, es la mas poderosa de las ocho; pues en cualquiera parte del tablero que se halle, defiende (cuando está sola con el rey) catorce casas á un tiempo.

 5º DE LA MARCHA DE LA REINA Ó DAMA. 

La REINA⁴ reúne la marcha de la torre y la del alfil. Muévase en todos sentidos (sin embargo, no puede imitar la marcha del caballo), en línea recta y sesgadamente; avanza y retrocede, y salva toda la longitud de las líneas cuando nada se lo estorba.

1 En los dos juegos hay dos ALFILES como se ve en el tablero (art. III) y están situados, el uno en casa blanca, y el otro en casa negra. Esta posición de color deben conservarla en todo el juego, sin poder cambiar nunca, de suerte que los de la casa blanca no pueden entrar en casa negra, ni los de casa negra en casa blanca, porque dejarían de caminar oblicuamente.

2 Chevalier (caballero) en francés, knight (nái) en inglés.

3 Lo que tiene ocho ángulos y ocho lados.

4 Tour (tur, torre) en francés, castle (cast) en inglés.

5 Reine en francés, queen (cuín) en inglés.

Esta pieza es la mas importante del juego.

 6º DE LA MARCHA DEL REY. 

La marcha del REY⁵ es semejante á la de la reina, en línea recta, sesgadamente, avanza, retrocede, pero con esta condicion precisisima, que nunca puede dar mas de un paso.

Puede comer todo trebejo que se avanza á una de sus casas, con tal, sin embargo, que no se ponga en jaque después de haber comido. Para el REY, como para cualquiera otra pieza del juego, es una regla invariable que se ponga, después de haber comido, en el lugar de la pieza que ha comido. Otra regla tambien invariable: no hay fuerza de comer sino en el caso en que está mate el REY. Hay un caso en que el REY da dos pasos en el juego: es cuando enroca. Llámase ENROCAR el traer á una de las torres (ó roques), sea la del REY, ó la de la reina junto al REY. Con la misma jugada, este salta por encima de la torre y va á situarse en la casa opuesta, de suerte tal que si enroca con su torre, es decir con la que está de su lado, él ocupa, después, la casa de su caballo; si es del lado de la reina, ocupa la casa del alfil de este.

Hay varios casos en que el REY no puede enrocar.

1º Cuando las casas entre el REY y la torre con la cual quiere enrocar no están libres;

2º Cuando ya ha jugado;

3º Cuando ha jugado la torre con que quiere enrocar;

4º Cuando está en jaque;

5º Cuando pasa bajo el jaque, es decir por una casa en que cualquiera pieza contraria le jaquearia;

6º Y cuando después de haber enrocado se hallaria en jaque.

1 Roi (ruá) en francés, king (quín) en inglés.

ROSA CLIFTON.

Nunca he visto criatura que mas haya merecido el epíteto de amable que Rosa Clifton¹. Era su labio de la mas viva es-carlata, su mejilla del mas encendido rosado, sus ojos de ese azul violáceo que tan raramente se encuentra fuera de los niños, y su cutis tan trasparente que las azules venas de sus sienas parecian competir en color con sus ojos. Su cabello se rizaba de suyo y ningún símil poético pudo jamás sobrepujar la verdad de su brillantez. No tenia quien la dirigiese, era entusiasta y sensible; sabia de libros y de mundo demasiado poco para ser lo que se llama entendida, pero tenia en sí todas las disposiciones para llegar á serlo, con esa viva percepcion que da siempre la fantasía y la energía que es la basa de toda excelencia.

Sir Enrique Clifton, su padre, era un hombre severo, y decíase de él que una esposa jóven y bella habia templado la aspereza y frialdad de su genio. Deseo de viajar, no el amor á las bellas artes, le condujo á Roma. No le llamaba la atencion allí la música ni los admirables lienzos, el trato de gentes no era cosa que le gustara. Pero su hija gozó por él y por sí: todo lo que allí heria sus sentidos la deleitaba. La poesía de su naturaleza fué excitada por la poética atmósfera de Roma. Era su organizacion de esas en que la música obra prodigios; y yo cuando la ví en el baile del embajador de España bailando con el jóven conde Arezzi, me persuadí de que la preciosa inglesa

1 Clifton.

comunicaba á todo cuanto la circua esa grata novedad que despide el corazon sobre las vulgaridades de la vida una vez y no mas.

Una ó dos noches después, como yo era su vecino, oí las cuerdas de una guitarra acompañando una cancion de Metastasio, luego percibí el ruido de una ventana que se abria, y á muy poco vinieron de improvviso unas estanzas en loor de una gurnal-da de flores que entendí habia sido arrojada á la calle. Ahora bien: una guitarra, una capa, el fulgor de la luna y un guapo galan, era mas de lo suficiente para conquistar una naturaleza femenil. Para Rosa que estaba acostumbrada al retiro de una vida en el campo, el efecto de Roma fué como la entrada en una tierra de hadas y encantamientos. Fascináronsele los sentidos y los ojos á un tiempo, contemplóse viviendo en un paraíso. Son compañeros inseparables juventud y amor, y como jóven que era, Rosa no pudo excusarse de dar cabida al amor. Pero su naturaleza era una de esas que el amor hiera muy hondamente; su amor era con toda verdad,

El culto que del alma al cielo vuela
Y los cielos propicios no desechan.

Pues amor tal es la emanacion de todo lo que hay mas excelso y acendrado en nuestra naturaleza. Su afecto de ella vino á ser su destino y prendóse del jóven italiano con el ardor y la abnegacion de un amor medio fantástico. En mi vida he visto pareja mas hermosa, una repre-

sentacion mas perfecta del Setentrion y del Mediodia; ella, blanca como la rosa mas delicada, y él de un rico color de olivo que tanto realza las majestuosas facciones romanas.

Al punto que sir Enrique tuvo noticia de la aficion reciproca de los dos jóvenes, impidió todo trato entre ellos y recluyó en su aposento á su hija. Hizo mal, como todo el que provoca la resistencia pasiva de una mujer. La villanía y la violencia con que la trataban tan solo sirvió para apasionarla mas é inducir á buscar amparo en el corazon que tan sinceramente creia suyo. La bondad quizá la habria llevado á las plantas de su padre, deseara de renunciar sus esperanzas mas gratas por el amor de él, en lugar que su inclemente ira la hicieron temblar por su triste porvenir. Tambien habia otro motivo que fortificaba su resolucion; ella habia abrazado secretamente la fe católica, y estaba, como todo catecúmeno, llena de entusiasmo con su creencia. Cierzo es que el amor habia obrado en su conversion, pero Rosa no lo advertia.

Una noche de luna vióse una pareja muy embosada deslizarse por la piazza. El murmurio suave y melancólico de la fuente era el único sonido que se percibia, y la luna alumbraba el magnífico vuelo de la escalera que conducia al convento de la *Trinita di Monti*: las majestuosas cúpulas brillaban como la plata en medio de la amorosa noche, y Rosa subió las anchas gradas con el donaire de la esperanza, pues que la conducian á un lugar de amparo y allí la llevaba su amante. Poco á poco conforme subia, iba extinguiéndose el murmurio de la fuente; pero levantóse por el aire un murmurio muy mas grato, el cual se interrumpió con el agudo sonido de la campana que anunció la llegada de ambos, y que retumbó en el corazon de Rosa como la campana de di-

funtos. Aguardábanla en el convento. Al punto fué presentada á la abadesa, mujer alta y de respetable aspecto, cuya melancólica frente y descarnadas mejillas, extenuadas prematuramente, anunciaban que el dolor y los quebrantos se habian albergado en su ánimo antes que el sosiego del claustro.

No fué sino con sentimientos extraños como Rosa se dejó caer en la cama que se le tenia designada. Era pequeño y alto el aposento, al parecer dividido de otro de mayor tamaño, pues la altura era completamente desproporcionada, y estaban cubiertas las paredes de enormes pinturas al fresco, conteniendo pasajes de la Escritura; terminando estos repentinamente con un artesonado oscuro, que se angustiaba por un lado. La pieza era notablemente triste de suyo, lo cual no contribuia poco á aumentarlo las pinturas, pues representaban la degollacion de los inocentes; y llamó la atencion de Rosa la figura de una mujer postrada al lado de los cuerpos de dos niños, abazados uno de otro y atravesados con la misma estocada. Habia tal expresion de despecho en los hermosos enjutos ojos de la mujer, tal horrenda estupidez en su áspero rostro, como si no cupiese en su ánimo sino el horror, que el pensamiento de lo fuerte que debe de ser el afecto paternal se apoderó de Rosa quien comenzó al punto á reprocharse el haber abandonado á su padre, viniendo luego á combatir su dolor el terror de la ira de aquel y la ternura para con su amante.

Sir Enrique estuvo á punto de perder el juicio de rabia cuando tuvo noticia de la fuga de su hija: desafió al conde, quien se negó á entrar en campo con el padre de su futura esposa; luego dirigió todas sus diligencias al recobro de Rosa, para lo cual se amenazó al papa hasta con la violencia, pero sin provecho; pues díjose

que miss Clifton era mayor de edad y que la iglesia no podia negar su proteccion á quien iba á hacerse una oveja de su rebaño.

Al recibir esta noticia sir Enrique se preparó para marcharse de Roma, pero en la mañana de su marcha, mandó llamar al conde Arezzi. Este obedeció al llamado, contemplando que fuese con el fin de preparar una reconciliacion. A su llegada encontró á sir Enrique pálido de rabia y paseándose por el salon, á cuya puerta estaba el carruaje de viaje.

No dejó de asombrarse el conde al advertir este indicio de una próxima partida, pero entró no obstante, y recibióse su pretense suero con un atento saludo.

—Mil perdones tengo que pedir á usted, dijo el baronet, por la molestia que lo he causado, pero estoy en la precision de mandar con usted un recado á miss Clifton.

El conde contestó que le serviria de mucho gusto encomendarse del recado.

—Norabuena. Pues, señor mio, sirvase usted poner en conocimiento de miss Clifton que tiene derecho á cien libras* anuales que le ha dejado su tio, las cuales serán pagadas con toda puntualidad en la casa del banquero Torloni; fuera de eso, no tiene que contar con un chelin de mi parte. Hoy parto de Roma, y no he de volver á verla nunca. . . nunca he de permitir que vuelva á proferirse en mi presencia su nombre. Mi caudal ha de heredarle mi sobrino. . . y jamás ni nunca le he de dejar otra cosa mas que mi maldicion.

Asi diciendo, Sir Enrique saludó al italiano y se metió en su coche.

—¡Santa María! exclamó el conde en italiano y asiendo del brazo al criado, ¡es imposible que haga lo que dice!

—Si usted conociera como yo á sir En-

rique, contestó el criado, no lo dudaria un momento.

Y voló á alcanzar á su amo.

Quedóse el conde estupefacto.

—¡Cien libras anuales! dijo entre dientes; mas valen mis bigotes.

Fuése á su casa, fumóse dos tabacos, y encaminándose al convento *della Trinita*, pidió ver á la abadesa.

—Señora, díjole luego que la majestuosa superiora se hubo acomodado en su poltrona, hay cosas desagradables que se arreglan mejor por interpósita persona. ¿No quisiera usted informar á miss Clifton que he visto esta mañana á sir Enrique, el cual ya se marchó de Roma, y que me ha encomendado avisarle que las cien libras que le tocan de herencia se las pagarán con toda puntualidad en la casa de Torloni pero que lo que es de él no tiene que esperar nunca ni un chelin, y que no le dejará mas que su maldicion? A tanto, siguió el conde con semblante melodramático, no quiero exponerla; me sacrificaré, y mañana mismo parto de Roma. ¿Gusta usted decirle esto y ahorramos así la horrible congoja de una despedida?

—Permitame usted que no me encargue yo de semejante encomienda, replicó la superiora, clavando en él sus oscuros y penetrantes ojos, bajo cuyo desprecio que dóse un momento helado el conde; usted mismo dirá á la *signora* inglesa lo que guste.

Dicho esto, tocó la campanilla de plata que se hallaba sobre la mesa que á su lado tenia. Al punto acudió una novicia y mandó la abadesa que miss Clifton bajase al locutorio. Cubrióse la superiora el rostro, púsose á rezar el rosario y dejó al conde que al pie de la ventana arreglase su próxima conversacion de la manera que quisiese.

Oyóse á poco un paso ligero y presentóse Rosa Clifton, muy mas bella con el

1. Quinientos pesos.

sencillo traje conventual de lo que jamás le había estado con todos los atavíos del mundo, pues no es para dicho con bien le estaban á su cuerpo de niña los pliegues de la túnica recogidos en la cintura. Apenas podía discernirse del puro albor de su tez el puro albor de su velo; la sencilla trenza de oro que rodeaba ambos lados de su frente acusaba lo rico del cabello que oculto estaba, y lo fino de las facciones daba á su rostro el viso de la inocencia infantil. Tiféronse sus mejillas de un encendido sonrojo cuando puso la planta en el locutorio y no osó tender su preciosa manecita á su amante.

—Angel mio, díjole el conde hincando en tierra una rodilla, he visto esta mañana á tu padre.

Rosa se puso pálida como un cadáver. —No temas, prosiguió el conde, todo lo renuncio, hasta tu propio amor, por no haberle desdichada. Tu padre ha amenazado nuestro enlace con su maldición. . . Pero yo estoy determinado á apartar de tí su maldición, Rosa. . . renuncio todos mis derechos á tí, esta noche me ausento de Roma.

Quedóse Rosa sin color y sin habla.

Una mujer á quien renuncia su propio amante, y como por su propio bien de ella aunque sin consultarla, no puede menos de verse en la situación mas pesada. ¿Qué camino toma? Cogerle la palabra. . . fácil es decirlo, pero ¿cuan difícil ponerlo en ejecución, cuando todo está vinculado en el amor!

Vió la superiora lo apurado del lance en que se hallaba Rosa, y dirigiendo la palabra al conde:

—Ha olvidó usted decir, conde, díjole, que en lo sucesivo miss Clifton, no ha de contar con mas caudal que las cien libras que hereda de su tio.

De nuevo se tifieron de encarnado las mejillas y los labios de Rosa; probó en va-

co á encontrar con sus ojos los ojos del conde, pues este excusó su mirada. Con ese vivo instinto de la mujer en lo que se interesan los afectos, caló sus motivos de él y con un decoro que apenas era creible en su infantil aspecto, volvióse serena á la abadesa y dijo:

—¿Mé permite usted que nos deje solas el conde? Considero ocioso el alargar nuestra postrera entrevista.

Acercóse el conde y comenzó á tartajear algunos precipitados vocablos de buenos deseos, cariño, sacrificio de su propia felicidad, etcétera; mas ella cortándole la palabra,

—No tengo mas que una gracia que pedir á usted, y es que me deje usted en paz para siempre y desde luego.

Arezzi, contentísimo de verse libre del aprieto, y á tan poca costa, cuando se habia temido súplicas, llantos y quejas, obedeció al punto. Cerróse la puerta tras él y Rosa cayó sin sentido en tierra. No pidió auxilio la abadesa, pues demasiado la lastimaba la angustia del lance para dar lugar á que le presenciaran extraños. Suspendió en sus brazos á la tierna victima, bañó con espíritus su rostro, y cuando Rosa volvió en sí vióse con la cabeza reclinada en el hombro de la superiora quien la contemplaba con la ternura de una madre.

—Estas son, hija mia, las probaciones que nos hacen volver el alma al cielo. La Virgen santísima te guarde.

Estas fueron sus únicas palabras y Rosa se retiró á su celda.

Fortuna fué para ella que su salud resistiese tanto dolor, pues no pocas veces salva el cuerpo al alma. Al dia siguiente hallóse demasiado débil para levantarse de la cama, y estuvo con fiebre durante muchas semanas. De todas las cosas, la que menos puede medirse por el espacio es el tiempo. Años ó el efecto de a-

ños pasaron por el ánimo de Rosa antes de levantarse de su lecho de dolor, y en él se consumieron las rosas de sus mejillas, el brillo de sus ojos, la ligereza de su paso. . . para siempre perdió su alegre risa, ni ya la animaron la juventud y la esperanza. Alguien ha dicho con harta verdad:

No del galan la perfidia
Es lo que al alma atormenta;
Son las memorias de amores,
Y lo caro que nos cuesta.

Esto sucedia con Rosa. Despreciaba ella demasiado al conde para sentirle, conocia bastante bien cuán indigno era de su profundo y sincero afecto. Como estaba acostumbrada á la riqueza, no hacia mucho mérito del valor del oro, siendo el metálico en concepto de ella la mas vil de las consideraciones tratándose de sentimientos. Contempló con asombro la mala fe del conde. Habria ella perdonado la inconstancia, pues esta estaba á sus alcances; habria sido capaz de cualquiera sacrificio personal por conseguir su felicidad, aun con una rival; pero el verse de repente abandonada al punto que no ofrecia esperanzas de riquezas, daba á conocer demasiado á las claras cual habia sido desde un principio la mira del conde. . . todo su entusiasmo, toda su exaltacion habia sido una pura comedia. Con este conocimiento la jóven se apartó de un mundo en que veia tales desengaños.

Llevaba cerca de un año de estar en el convento, y acercábase velozmente la época en que debia pronunciar sus votos, cuando un dia, con mucho asombro suyo, hirió sus oídos en el jardin un acento inglés y vió el blanco rostro de una compatriota suya. Rosa se habia engañado al creerse muerta para todo afecto mundano, pues encendiósele el corazon con el trato de su jóven parienta. Después de algunos dias se animó á hablar de lo pasado, y preguntó al fin por su padre.

—Está completamente consumido de resultas de su última enfermedad, no es mas que una sombra de lo que era. Cubre el corazon al verle pasarse azogadamente por los tristes aposentos de su casa como si le acosara la memoria de los que allí han vivido en su compañía.

Mucha impresion hizo esto en el ánimo de Rosa, pero no se atrevió á decir nada. Al fin, venciéndose, se arriesgó á preguntar:

—¿Crees que no se negaria mi padre á verme!

—Estoy cierta de que no, exclamó Emilia; si no te ves por no humillarse. Pero entiendo que á tí te tocara buscarle. . . ¿caso al padre toca humillarse á su hijo?

Aquella misma noche antes de separarse las jóvenes, quedó acordado que Rosa acompañaria á su prima la semana siguiente, en la cual deberia de regresar á Inglaterra con su hermano.

Ahora, lo que habia pasado con sir Enrique era que al punto que llegó á Inglaterra mandó llamar á su sobrino Carlos, extendió un testamento á favor de este, y se vió á poco atacado de una enfermedad grave que lo dejó en muy mal estado de salud.

Al dia siguiente Rosa pidió una audiencia á la abadesa, cuya bondad para con ella desde el dia de la entrevista del conde no se habia desmentido un momento. Hizole presentes sus sentimientos y temores, su dolor de considerar á su padre sin consuelo en su ancianidad, y la conviccion en que ella estaba del deber que tenia de solicitar su perdón.

—Si me arroja de sí, exclamó, volveré á los pies de usted, madre!

La superiora al pronto cedió á la debilidad humana; corrieron lágrimas de sus ojos y su majestuosa cabeza se reclinó contra el hombro de Rosa; pero en breve refrenó su emocion.

— Ve, querida hija, contestó con entera voz: tu deber para con tu enfermo y solitario padre es superior á todo; cumpliendo con él cumplas con Dios. Ve, y si vuelve á darte el mundo otra amarga lección, y quieres descargarle de un peso que te abruma, acuérdate de que mientras yo viva tienes un refugio en este convento.

Una semana después pusieronse los primos en camino para Inglaterra á donde llegaron en breve. Rosa, latándole el corazón se vió al fin en el parque de donde llevaba tantos meses de hallarse ausente, y parecióle que acababa de verle, tan poco era lo que habia cambiado. El sol reverberaba en la avenida de los viejos fresnos; el lago reflejaba sus rayos; descansaban sobre la yerba las prolongadas sombras, mientras allá á lo lejos se mezclaban en una oscuridad sin fin. Los venados estaban echados bajo los árboles y un crecido rosál ostentaba su fragancia y sus flores.

Aceróse paso á paso á la casa. Bajó el terrado y ya que se vió allí consideró que podría entrar sin cuidado alguno. Daba al terrado un pequeño aposento que en mejores tiempos habia sido la pieza favorita de ella, pues contenía un retrato de su mamá con ella propia, de chiquita, en su regazo. Al acercarse oyó voces, pero un recodo de la pared la ocultaba completamente. Mantúvose allí sin resollar. No podía equivocarse. . . de su padre era la voz, y le oyó decir:

—Cárlos, confieso mi debilidad, me muevo por ver á mi hija.

Al punto se arrojó Rosa á sus plartas. Encontróle muy otro; la enfermedad habia ablandado su genio. Viéndose solo y atento á personas extrañas, conoció la necesidad del afecto que habia desechado de sí hasta entonces. A poco ya no podía estar un momento sin ver junto á sí á su hija, y ella le contemplaba sin cesar.

Sir Enrique, reducido á casi no salir de su casa, pasado en un *quitrincillo*, se contemplaba el hombre mas feliz del mundo. Solo un disgusto le quedaba: terminante y públicamente habia hecho su heredero á su sobrino y advertía el derecho que tenía su hija. Una noche de verano, reunida la familia en el parlatorio, que era siempre el aposento favorito de todos, sir Enrique habló del particular.

—¡No se trate de eso! exclamaron los primos á una.

Cárlos tenia algo mas que decir. Manifestó á Rosa que la amaba, y suplicó al padre de ella que le otorgara su mano, como joya de mas valía que todas las riquezas que pudiera legarle aquel. No retiró Rosa su mano de la de Cárlos, pero no animaba esta accion al amante. Estaba ella serena, pero muy pálida. . . y tan solo bondad era su bondad.

—Cárlos, dijo al cabo, mirándole con la tierna expresion de una hermana, una vez he amado. . . amé indignamente, pero no puedo volver á amar. No es al mundo adonde he tornado, sino á mi casa. . . ¡Yo soy de Dios y de mi padre!

Cárlos contempló á Rosa, vió que no habia que esperar nada de ella y estrechando la mano que soltó luego, hizo el ademán de ausentarse; pero la jóven deteniéndole volvió á su padre y dijo:

—Es mi hermano ¿no es verdad?

Cárlos poco después se marchó á Londres, donde se prendó de una preciosa huérfana sin posibles, hija de un oficial que habia perecido en la peninsula: Rosa fué quien reconcilió á sir Enrique con la pareja, la cual se avecinó en *Clifton House* y Rosa fué para los dos esposos una hermana.

A la muerte de sir Enrique encontróse que habia legado todo su caudal á su sobrino, con solo una suficiente anuidad á su hija, y una casita que ella misma ha-

bia mandado hacer en el parque. Esta estaba inmediata á la casa de sus primos. Nunca se casó, sino que pasó su vida ejerciendo la caridad. Encontrábase á la cabecera de los enfermos ó al lado de los necesitados. Los niños que á toda

prisa crecían en la casa la adoraban; y cuando ya grandes veían el retrato de ella, nunca dejaban de decir:

—Si ha existido un ángel sobre la tierra ha sido prima Rosa Clifton.

AL IRSE LA TARDE.

POR DON F. G. MALDONADO.

Es bello en la tarde umbría
Ver en el confin la nube
En el silencio apacible,
Cuando nada se descubre;

En tanto que se serena
El aura, porque ya luce
En el Oriente la luna
Que del horizonte sube.

En esa hora se despidé
Del pájaro la voz dulce,
Que tierna melancolía,
A mi corazón infunde.

En esa hora el bullicio
Con la luz del día huye,
Y á la fatigada mente
Mil pensamientos acuden.

Se pierde el sol en Ocaso
Antes que bellas fulguren
Las apacibles estrellas
Que el sol no deja que alumbren.

Y la belleza nocturna
Con encanto se descubre
Y las ideas del día,
Traen pensamientos dulces.

Méjico, enero de 1852.

Aun los deseos hermosos
Hace la noche que muden
Y que sin pasión el hombre
Del alma lo bello juzgue.

Que nuevos placeres halle,
Que nuevos placeres busque
Y apartándose del mundo
A otras regiones se enumbre.

Por eso yo siempre busco
De la noche el aura dulce
Que disipe los temores
Que á la luz del día tuve,

Y deje que en el contento
De tranquilidad disfrute
Y al suave soplo del aura
Lleno de gozo me arrulle.

Es bello al irse la tarde
Porque al venir esas luces
Que preceden de la noche
La calma apacible y dulce,

Siente el alma ensueños gratos
Y cuando la luz concluye
Del esplendoroso día
La paz y el silencio cunden.